

tañas, observando y meditando tranquilamente, entregado el viajero con la rienda suelta á su instinto seguro. Su montura estaba enjaezada á la chilena, con estribos baúles de madera. Iba vestido con una chaqueta guarnecida de pieles de nutria y envuelto en su capotón de campaña con vivos encarnados y botonadura dorada; botas granaderas con espuelas de bronce como las de sus estatuas; su sable morisco ceñido á la cintura; cubierta la cabeza con su típico falucho, — sombrero apuntado, — forrado en hule, sujeto por barbiquejo, que para mayor garantía contra el viento impetuoso de las alturas ató con un pañuelo por debajo de la barba. Al tiempo de ascender la cuesta de Valle Hermoso, se ocupaba en conversar con los guías sobre los caminos laterales que comunicaban con Las Heras, para combinar las marchas y ataques de ambas columnas, cuando una tempestad de granizo se descolgó de la montaña y obligó á hacer un alto á la división de reserva que había alcanzado en aquel punto. El general de los Andes, apeóse de su mula, se acostó en el suelo y se durmió con una piedra por cabecera bajo una temperatura de 6° cent. Al tiempo de continuar la marcha, pidió á su asistente los chifles guarnecidos de plata en que llevaba su provisión de agua y de aguardiente de Mendoza, invitó al coronel don Hilarión de la Quintana, — á quien había nombrado su primer ayudante de campo, — y reconfortado por aquel corto sueño después de tantas noches de vigilia, encendió un cigarrillo de papel, y mandó que las charangas de los batallones tocasen el himno nacional argentino, cuyos ecos debían resonar bien pronto por todos los ámbitos de la América del Sud. En seguida, continuaron la penosa ascensión de la nevada cumbre, detrás de la cual estaba el llano que buscaba para combatir y triunfar (56).

(56) Inf. verbal de los ingenieros Arcos, Álvarez Condarco, general don Félix Olazabal y coroneles de la Plaza y Pedro José Díaz.

Este sitio ha conservado desde entonces la denominación de « Trinchera de San Martín ».

El 2 de febrero á las 3 de la mañana, trasmontó Las Heras la cumbre de la cordillera de Uspallata, y en cumplimiento de sus instrucciones, el 4 al ponerse el sol, fué atacado el punto de la « Guardia Vieja » por 150 fusileros y 30 jinetes, á órdenes del mayor Enrique Martínez, y después de un combate de hora y media á sable y bayoneta, tomada por asalto la posición fortificada que defendían 94 realistas, dejando éstos en el campo 25 muertos, 43 prisioneros, 57 fusiles, 10 tercerolas y cantidad de municiones y víveres. En el día anterior había recibido Las Heras un oficio de San Martín, datado en Manantiales el 1.º á las 6 de mañana, ordenándole demorase dos días la marcha de su división, para dar lugar al desarrollo del nuevo plan. En consecuencia, Martínez se replegó á su reserva en el Juncalito donde permaneció á la expectativa. La combinación volvía á sistemarse (57).

## XI

El día 5 la alarma se difundió en los dos valles de Aconcagua y Putaendo. Los fugitivos de la « Guardia Vieja » llegaban á Santa Rosa de los Andes, al mismo tiempo que los dispersos de las Achupallas á San Felipe. El jefe realista que los defendía, amagado á la vez por dos puntos, y sin fuerzas suficientes con que sostenerse, no acertaba á tomar medidas. Para mayor confusión, recibió un pliego de Las Heras, proponiéndole un canje de los prisioneros de Picheuta por otros tantos de la « Guardia Vieja ». Era un ardid de la escuela de San Martín. El portador de la comunicación, que era un

(57) Diario de Las Heras. (Arch. San Martín, vol. XI. M. S.)

prisionero español, engañado por el simulado retroceso de la vanguardia de Las Heras, anunciaba que éste, después del asalto del 4 se había puesto en marcha hacia Mendoza. Desde ese momento, el coronel Atero, creyendo disipado el peligro de Uspallata, reunió todas sus tropas disponibles y marchó apresuradamente con 400 infantes, 300 jinetes y 2 piezas de campaña, al encuentro de las fuerzas invasoras que asomaban por la garganta de Achupallas, cuyo número ignoraba. De este modo, la columna de Uspallata, que el 6 se había reconcentrado en la « Guardia », continuando su marcha, podía caer libremente sobre Santa Rosa el día prefijado, á la vez que el grueso del ejército penetraba en masa al valle de Putaendo, y verificar ambas su junción en el punto indicado de antemano.

Los errores de Marcó, — previstos por el astuto invasor, — contribuían á este éxito, tanto como las hábiles combinaciones estratégicas del plan de campaña. Completamente á ciegas respecto de los planes de San Martín, sin plan ninguno él mismo, y llamada fuertemente su atención hacia el sud, persistía en el absurdo propósito de atender á todas partes presentándose débil en todas, con un ejército veterano de más de 5,000 hombres disciplinados, además de las milicias movilizadas. Sus fuerzas estaban esparcidas en una extensión de 934 kilómetros, de tal manera que, aun para plegar sus alas sobre el centro, necesitaba por lo menos cuatro días, y para reforzar su flanco izquierdo no menos de ocho (58). Tenía un bata-

(58) El ejército realista que defendía á Chile, se componía de los siguientes cuerpos: Batallón de Talavera; ídem de Chiloe; ídem Auxiliar de Chiloe; ídem de Valdivia; ídem de Concepción; ídem de Chillán; regimiento de caballería de Dragones de Morgado; ídem húsares de Barañao; ídem escuadrón carabineros de Quintanilla, ó sean: 6 batallones de infantería, 2 regimientos y 1 escuadrón de caballería, con un regimiento de artillería, que suman los 5,000 hombres sin contar las milicias, que son los que dan los historiadores americanos. Véase Sanfuentes, «Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo», p.

llón aislado en Concepción, otro en Chillán, medio batallón en Talca, algunas compañías destacadas sobre Rancagua en observación del paso del Portillo, y su mejor cuerpo de caballería, los húsares de Barañao, estaban en San Fernando á 208 kilómetros de Santiago, donde permanecía la artillería con 16 piezas de campaña y el resto de sus tropas. El mejor partido que pudiera haber adoptado, habría sido reconcentrarse en la capital y esperar con fuerzas superiores el ataque; pero sin resolución ni idea, todo su conato era reservarse un camino de escape. « Si me reduzco á la capital, decía él mismo, puedo ser aislado, y perdida la comunicación con las » provincias y Valparaíso, me quedo sin retirada » (59). Este era el contendor del general de los Andes.

Á las 2 de la tarde del mismo día 8 de febrero en que el capitán general de Chile no atinaba á darse cuenta ni adónde debía acudir ni reconcentrarse, el grueso del ejército argentino ocupaba el pueblo de San Antonio de Putaendo. Á esa misma hora, Las Heras era dueño de Santa Rosa de los Andes. Los dos valles estaban dominados por los invasores, y sus cabezas de columnas convergían por diversos caminos cerrando el anillo estratégico en el punto matemático de Chacabuco.

XXII. — Los historiadores españoles, dan á Marcó mayor fuerza aún. Torrente dice: «Las tropas realistas que escasamente alcanzaban á 6,000 hombres, no podían cubrir una línea de trescientas leguas». «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. XVII, pág. 233. — El general Camba, en sus Mem. de las armas Españ., dice: «Las tropas realistas componían una fuerza de siete mil hombres»; t. I, pág. 267. — Miller «Memorias», t. I, pág. 79, refiriéndose á los presupuestos oficiales de los cuerpos realistas que en diciembre de 1816 pasaban revista en Chile, da al ejército de Marcó siete mil seiscientos trece hombres de tropa y ochocientos milicianos armados á sueldo. — Hemos adoptado la cifra más baja, aún prescindiendo de los testimonios españoles, pues de todos modos la superioridad numérica de los realistas es incontestable.

(59) Carta reservada de Marcó del Pont al gobernador de Valparaíso don José Villegas de 8 de febrero de 1817, pub. en la «Gaceta de Santiago de Chile», núm. 4 de 12 de julio de 1817.

Va á verse cómo se había ejecutado este movimiento convergente.

Posesionados Arcos y Lavalle de las Achupallas, su situación era crítica, pues de un momento á otro podían ser cargados por fuerzas superiores. Soler en persona acudió rápidamente en su sostén con la escolta del general en jefe mandada por el comandante Mariano Necochea, los escuadrones 3.º y 4.º de granaderos, y las cinco piezas de montaña, ordenando á la infantería forzara sus marchas y á la división de reserva acelerara las suyas para acortar la distancia. El 6, la vanguardia se hallaba reunida en las primeras planicies de Putaendo y montaba su artillería, avanzaba hasta San Andrés del Tártaro (21 kilómetros de las Achupallas), y desprendía toda su caballería en la prolongación del valle, disponiendo que Necochea con la escolta del general, compuesta de 110 jinetes, se situara sobre la villa de San Felipe. Atero, que había retrogradado de Santa Rosa sobre San Felipe, se adelantó con sus 700 hombres al encuentro de Necochea, y en la madrugada del 7 ambas fuerzas estaban frente á frente.

Marchaba Atero hacia el este por el camino real, que es un desfiladero limitado por el río Putaendo y el contrafuerte que lo separa del valle de Aconcagua, y ocupó con su infantería y artillería los cerros de las Coimas, que forman un ángulo saliente dominando la llanura en que se asienta la villa de San Antonio. (Véase el plano N.º VII). El jefe argentino, aparentando un temor, que justificaba su fuerza relativamente inferior en número, emprendió su retirada por el camino, cubriendo su retaguardia con dos guerrillas sobre los flancos, con el objeto de sacar al enemigo de sus fuertes posiciones y atraerlo al llano donde la caballería pudiese jugar con ventaja.

El jefe español, por su parte, engañado por esta estratagemma, se adelantó con 300 jinetes, cubiertos por una línea de

tiradores, dejando su infantería y artillería en las Coimas, y así que se hubo separado algunos centenares de metros de su reserva, se vió improvisamente acometido en su avance. Necochea que había dividido su escuadrón en tres secciones, tomando el mando de la del centro, dió el de la derecha al capitán Manuel Soler, y el de la izquierda, emboscada detrás de un rancho á su ayudante Ángel Pacheco. Los granaderos dieron vuelta caras sobre la marcha y cargaron de frente en perfecto orden, sable en mano sin disparar un tiro, al toque de á degüello de los clarines, mientras su emboscada arrollaba por el flanco derecho la línea de tiradores realistas, y los echaba sobre su reserva, en que introdujeron el desorden. Media hora duró el combate: la línea realista fué rota en varios puntos á la vez, y obligada á replegarse en dispersión hasta el pie de los cerros al amparo de los fuegos de sus cañones, dejando en el campo 30 muertos, 4 prisioneros y algún armamento (60).

Este golpe decidía la campaña preliminar del paso de los Andes. El coronel Atero se replegó en derrota sobre San Felipe, llevando sus heridos, pasó al sud del río de Aconcagua inutilizando el puente, y dió por perdida toda la provincia. El pánico se difundió en ambos valles, y los derrotados de las Coimas, contaban despavoridos, que habían sido acuchillados por unos hombres muy altos, muy jinetes, con unos sables tan largos y tan afilados, que ni toda la caballería de Chile habría podido detener su empuje. Todos los habitantes de los

(60) Ofi. de San Martín al director, fechado en San Felipe de Aconcagua el 8 de febrero de 1817, (Doc. del Arch. Gral., M. S.) Se publicó en la «Gac. Ext. de B. A.», pero nos hemos guiado por el original. — «Memorias» del general español Quintanilla quien dice: «El escuadrón patriota lo mandaba un tal Necochea, y no se puede negar su pericia y valor, bien que sus caballos eran superiores á los de los realistas, y por otra parte, los sables y tercerolas que tenía la caballería realista, eran malísimos.» (Arch. San Martín, vol. XII, núm. 2. M. S.)

valles aconcagüinos se pronunciaron en masa por los libertadores, y los realistas en sus marchas y contramarchas no encontraban un solo habitante que les proporcionara recursos, ni siquiera les diese aviso de los movimientos de los invasores.

Mientras tanto Las Heras entraba en triunfo en Santa Rosa y se apoderaba de los depósitos de armamento, municiones y víveres abandonados en su fuga por los realistas. Al día siguiente (9 de febrero), los zapadores restablecían el puente del Aconcagua, el grueso del ejército pasaba por él, y á órdenes de Melián se adelantaba un escuadrón de granaderos hasta la cuesta de Chacabuco donde se encontraba con las avanzadas de caballería de Las Heras. El parque y la artillería conducida por Beltrán, descendía simultáneamente por las pendientes de Uspallata, sin pérdida de un solo cañón, aunque de las diez mil mulas sólo llegaron cuatro mil, y los caballos, reducidos á la tercera parte, se encontraban en muy mal estado.

La reconcentración del ejército de los Andes estaba operada en el llano al occidente de la cordillera, en los días pronosticados por San Martín dos semanas antes (el 24 de enero). Al mismo tiempo, y en el mismo día, el sud y el norte de Chile estaba reconquistado. La combinación estratégica desenvuelta sobre un frente de 2,100 kilómetros, efectuóse matemáticamente á hora fija, según las previsiones de su hábil ordenador.

Estos hechos respondían á las palabras con que había abierto la campaña en la proclama que dirigió á los chilenos al traspasar los Andes, en consonancia con las instrucciones de su gobierno : « El ejército de mi mando viene á » libraros de los tiranos que oprimen este precioso suelo. Me » enternezco cuando medito las ansias recíprocas de abrazarse » tantas familias privadas de la felicidad de su patria, ó por » un destierro violento ó por una emigración necesaria. Vos-

» otros podéis acelerar ese dulce momento, preparándoos á » cooperar con vuestros libertadores, que recibirán con la » mayor cordialidad á cuantos quieran reunirseles para tan » grande empresa. La tropa está prevenida de una disciplina » rigurosa y el respeto que debe á la religión, á la propie- » dad y al honor de todo ciudadano. No es de nuestro juicio » entrar al examen de las opiniones. Yo os protesto por » mi honor y por la independencia de nuestra cara patria, » que nadie será repulsado al presentarse de buena fe. Se cas- » tigará con severidad el menor insulto. Me prometo que no » se cometerá ninguno bajo las banderas americanas, y que » se arrepentirá tarde y sin recurso el que las ofenda. Estos » son los sentimientos del gobierno supremo de las Provin- » cias Sud-Americanas que me manda, desprendiéndose de » una parte principal de sus fuerzas, para romper las cade- » nas ensangrentadas que os ligan al carro infame de » los tiranos : son los míos y los de mis compañeros en la » campaña. Ella se emprende para salvaros ; Chilenos ge- » nerosos ! corresponded á los designios de los que arros- » tran la muerte por la libertad de la patria. — SAN MAR- » TÍN ».

Si algún legítimo orgullo experimentó ante estos resultados, por él preparados y previstos, nadie lo ha sabido. Limitóse á dar oficialmente cuenta del hecho en términos sencillos, enumerando los obstáculos del camino : « El tránsito solo de » la sierra ha sido un triunfo, moviéndose la mole de un ejér- » cito con las subsistencias para casi un mes ; armamento, » municiones y demás adherentes para un camino de cien » leguas, cruzando eminencias escarpadas, desfiladeros, tra- » vesías, profundas angosturas, y cortado por cuatro cordi- » lleras, donde lo fragoso del suelo se disputa con la rigidez » de la temperatura : pero si vencerla ha sido una victoria, » no lo es menos haber cooperado á escarmentar al ene- » migo ». En seguida recomendaba en primer lugar á Soler,

así como á O'Higgins y Las Heras, « á cuyos conocimientos » y acertadas disposiciones se debían especialmente las » ventajas obtenidas; el mérito del comandante Necochea, » mayor Martínez (Enrique), ingeniero Arcos, capitán Soler, » ayudante Pacheco y teniente Lavalle ». En cuanto á él personalmente se limitaba á decir : « Mañana salgo á cubrir » la sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santiago. Des- » canse V. E. que mi conducta se ajustará en un todo á las » instrucciones de esa suprema autoridad » (61). Su ecuanimi- dad no pasó desapercibida para sus contemporáneos. La prensa argentina, al dar cuenta de sus triunfos, decía : « Ad- » mirarán unos el valor de las tropas ó el arrojo de los ofi- » ciales que más se han distinguido; otros ensalzarán el tino, » la reserva y la astucia del general; pero nada es tan glorioso » como su moderación » (62).

Otros cuidados que los de la propia gloria, ocupaban su ánimo. La caballería estaba casi á pie; el tiempo urgía, y era indispensable ganar de mano al enemigo antes que se reconcentrase. Para alcanzar todos los resultados que buscaba, necesitaba no perder un solo día, y prepararse á la batalla pronosticada para el día 15 de febrero, en que según sus cálculos todo quedaría decidido en el punto matemático marcado en el plano, que á la sazón indicaba como una simple etapa. Así terminaba diciendo : « Á mi pesar no puedo seguir al » enemigo hasta Santiago hasta dentro de dos días, término » que creo suficiente para recolectar cabalgaduras en que » movernos, y poder operar, pues sin este auxilio nada » puede practicarse en grande. El ejército ha descendido á » pie. Mil doscientos caballos para maniobrar con ellos, no » obstante las herraduras y otras precauciones, han llegado » inútiles, tan áspero es el paso de la sierra; pero ya Chile se

(61) Ofi. de San Martín al director, citado en la nota anterior.

(62) « Gac. ext. de B. Aires », de 11 de marzo de 1817.

» apresura á ser libre, y la cooperación de sus buenos hijos » recrece por instantes » (63). Reunidos algunos caballos en el valle de Aconcagua, decía en oficio posterior : « En esta » situación, me resolví á marchar sobre los enemigos y la » capital con la rapidez posible, y atacarlos en cualquier » punto que los encontrase, no obstante no haber recibido » aún mi artillería de batalla » (64).

## XII

El juicio de la posteridad americana es unánime respecto de la trascendencia del paso de los Andes por San Martín, así como gran operación de guerra ofensiva, cuanto por la influencia que tuvo en el éxito final de la lucha de la emancipación del nuevo mundo meridional, y su mejor comentario son sus resultados. Por eso sólo haremos mención de los juicios que los adversarios y los extraños han pronunciado á su respecto, considerándolo militar y científicamente en sus relaciones con el arte de la guerra y la historia general.

Uno de los más célebres historiadores universales de la época moderna (Gervinus) que, como se dijo antes, ha desconocido el carácter moral de San Martín, extraviado por documentos malos é incompletos, no puede menos de poner de relieve su gran figura dentro de su vasto cuadro, guiado por sus líneas fundamentales, al reconocer la trascendencia de sus acciones, y especialmente la del paso de los Andes, como empresa inicial de guerra ofensiva, que sintetiza en estos tér-

(63) Parte de San Martín de 22 de febrero de 1817, pub. en la « Gaz. Ext. de Buenos Aires », de 11 de marzo del mismo.

(64) Ofi. de San Martín cit. en la nota 60.